

realizar y la falta de medios para realizarle. Los oradores en el Parlamento: los hombres de acción en las barricadas. Si Castelar hubiera tenido esto en cuenta no habría prometido ir á pelear á Zaragoza; pero sin duda, en los momentos que lo prometió, no fué él el que habló, sino su fantasía, y la fantasía es sirena engañadora y falaz. Si Castelar hubiera hecho lo que Pí, callarse y no prometer nada, hasta este capítulo de nuestro libro sería innecesario.

De todas suertes esta es la única falta grave que hallamos en la vida del mas puro é intachable de nuestros hombres públicos. ¿No serán parte á desvanecerla sus méritos, sus trabajos, sus sufrimientos por la causa de la democracia? Creemos que sí.

XLVII.

Después de la venida de Amadeo de Saboya empezó otra época de lucha. Prim, que en medio de sus afanes monárquicos y sus esplendeces orientales, tenía grandes cualidades, había sido infamemente asesinado. El partido progresista se quedó sin jefe. La unión liberal se aprovechó del asesinato y escaló el poder. Cayó, y Ruiz Zorrilla subió al ministerio. En el poco tiempo que en él estuvo, creóse grandes simpatías: parecía que el antiguo partido progresista resucitaba é iba á hacer cosas extraordinarias. Pero un día, por una sorpresa, de esas á que son tan aficionados los conservadores, como que al fin y al cabo la Cámara era de estos, un día, el primer ministerio

Zorrilla, cayó. Perdida una votación, presentaron en masa sus dimisiones los ministros. Hubo una gran manifestación en favor de estos, pero no sirvió mas que para hacer constar las simpatías de la clase media en favor de los radicales. Vinieron otra vez los conservadores. Sagasta era el ángel malo de todas estas situaciones: el Gonzalez Bravo de los conservadores de la revolución. Ya, en tiempos de Prim, había sostenido en el periódico *La Iberia* la candidatura Montpensier y á él le atribuyó siempre la opinión aquella famosa transferencia de los dos millones, los dos *apóstoles*, como los llamaron los periódicos, sacados de la Caja de Ultramar y gastados en hacer unas elecciones. Subiendo la marea de la opinión, escandalizado todo el mundo de aquel espíritu de reacción que jamás, para su desgracia y la del país, jamás ha abandonado al partido conservador: amenazados los derechos individuales: presente el convenio de Amorevieta, tan inútil: seguidos los antiguos procedimientos rentísticos, tan perjudiciales: Amadeo de Saboya mudó de criterio y llamó á los radicales otra vez. Pero los radicales defraudaron en parte las esperanzas que su primera entrada en el ministerio había hecho concebir. Y sin embargo, hicieron mucho. El establecimiento del jurado y la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico, serán los dos grandes títulos de gloria de este partido. Pero Amadeo de Saboya estaba hastiado de los odios y de las recriminaciones de los partidos: la reina violenta por tener que sufrir la presencia de los radicales, á quienes había llamado *canalla*: Dragonnetti, disgustado con su propio disgusto y el de sus señores. La abdicación cayó como una bomba sobre el ministerio,

sobre las Cortes y sobre la Nación. Los conservadores quisieron prevalerse de la cuestion de los artilleros y aconsejaron al rey un golpe de Estado; pero Martos que es sagaz como Maquiavelo, conjuró el peligro llevando la cuestion á las Cortes y envolviendo en su veredicto, como en un manto, al ministerio.

¿Qué hizo Castelar en este período tan crítico? Siguió el rumbo que le marcaba la minoría republicana. Cuando gobernaban al país ministerios conservadores, su oposicion arreciaba: cuando ministerios radicales decrecía. Hizo muchos discursos en estos dos años, discursos que están en la memoria de todos. Cuando los ministerios conservadores mistificaban el sufragio, corrompian los comicios y pretendian ir secando una por una las fuentes de la libertad, Castelar decia que seria preciso acabar con aquello por la insurreccion; pero cuando los radicales iban dando, aunque despacio y con mil cortapisas, leyes reformadoras, decia que la insurreccion era un crimen y que aquel era el camino para llegar derechos y pronto á la república. Esto último no agradaba mucho á los intransigentes, á quienes agradaba oír hablar á todas horas de pólvora y de batallas, de barricadas y de combates.

Cuando tuvo lugar aquella famosa coalicion en que se unieron todos los partidos para derribar á Sagasta que hacia las elecciones, Castelar pronunció en Sevilla un magnífico discurso. No pudo pronunciarle antes de las elecciones por la interpretacion dada á la ley por el gobernador de aquella provincia. Como hemos hecho con otros, vamos á dar de este discurso á nuestros lectores los mejores párrafos.

«Ciudadanos: nunca me he visto tan perplejo como me encuentro esta tarde; yo pensaba haberos hablado antes de las elecciones, cuando mis palabras hubieran podido tener algun resultado práctico y alguna eficacia con relacion á este suceso; hoy, que las elecciones se han verificado, y gracias á la conducta brutal que aquí se sigue, solo ha sido posible el retraimiento, tan parecido al suicidio, mi discurso ha de variar de rumbo y de objeto: aunque fatigado, yo hubiera querido, yo hubiera podido hablaros el domingo anterior; pero las farisáicas interpretaciones dadas á la ley por un gobernador que va pareciéndose mucho á los procónsules romanos, (*Bien, bien*), hizo imposible el que os dirigiese la palabra.

«Hoy solo me queda un recurso, y habré de llenarlo con la lealtad sincera con que siempre he cumplido, conque siempre cumplo todos mis deberes; solo me queda al recurso de ir á las Cortes, donde la mayoría del número ahogó tantas veces la verdadera voluntad de la patria; solo me queda el recurso de ir á las Cortes para decir que en esta provincia no hay leyes, como no hay Constitucion; que se la trata como á pais conquistado: que el sufragio universal es una completa y repugnante mentira, porque el gobierno y sus agentes lo falsean y corrompen; para decir por último, que cuando todo esto pasa, cuando todo esto sucede, viene la terrible, la inevitable plaga de las revoluciones. (*Repetidos aplausos.*)

«Yo, ciudadanos, he dicho muchas veces con mi palabra, y he referido muchas veces con mi plu-

ma, lo que se siente en los largos días de la emigración; pensando allá en nuestra querida España, exclamaba: Todo el planeta es tierra, pero no es la tierra cuyo jugo tenemos en nuestra sangre; todo el aire es respirable, pero no es el aire donde oímos el primer suspiro de nuestros mayores y el primer suspiro de nuestro amor; todas las ciudades tienen hogares, pero no son los hogares donde viven y palpitan nuestros recuerdos; todos los hombres son nuestros hermanos, pero no todos hablan la armoniosa lengua española; y por eso después de haber contemplado la libertad realizándose en Suiza, la idea centelleando en Alemania, el espíritu moderno condensado en Francia, los milagros del trabajo en Inglaterra y los milagros del arte en Italia, nuestros ojos se volvían tristes hacia la tierra donde el sol se pone, y concentrábamos todos nuestros deseos en la esperanza de que nuestros huesos reposaran aquí, aunque no fuvieran más epitafio que la yerba de los campos; porque no hay, ciudadanos, un amor más grande, más sublime que el amor á la patria. Y yo debo decirlo, sin que sea lisonja: para mí, hijo del mediodía, la región de mi nostalgia era la región andaluza.

«Cuando contemplo este Océano de éther extendido sobre nuestras cabezas; cuando veo esta mágica luz que pinta, esculpe, borda y esmalta vuestros maravillosos monumentos; cuando respiro este aire lleno de armonías inefables y de embriagadores aromas, porque aquí cada planta es una floresta y cada flor un pebetero; cuando oigo esos cantos melancólicos como el rumor de la ola que blandamente muere en la playa, se-

mejante al lloro de las razas proscritas repetido por sus profetas; cuando considero tantas maravillas, dígame: yo amo esta tierra, no porque fuese la tierra del vellocino de oro de los fenicios; no porque fuera el Eliseo de los griegos y el Eden de los árabes; no porque parezca la renovación del paraíso, sino porque hay, como ya dije, una estrecha armonía entre su naturaleza y mi espíritu, y hé aquí por que quiero que así como en ella ví por primera vez la luz, en ella también reposen mis ignoradas cenizas. (*Repetidos y prolongados aplausos.*)

«Sí, ciudadanos; cada época tiene su pensamiento, y aquel pueblo que acaricia y sigue una idea, ese es el predestinado á dominar moralmente á los demás. Ved, si no, cómo el ideal vá pasando de tiempo en tiempo, variando siempre, y cómo viven solo aquellos que lo siguen, y mueren los que lo abandonan. (En comprobación de esta tesis, el orador hizo una brillantísima excursión histórica, para concluir afirmando «que hoy, al ver que los tronos engañan á la democracia, la personalidad humana se levanta para decir: nosotros crearemos los Estados-Unidos de Europa, y con ellos la república universal.» (*Aplausos.*))

«Y teniendo tal carácter, hubiera sido necesario que la revolución de Setiembre hubiese realizado la idea republicana. ¿Y sabéis por qué? ¿Qué era lo que esa revolución proclamaba? Proclamó la democracia. Sus mayores enemigos, los que la persiguieron con implacable saña, los que la llevaron al destierro, á las cárceles, al

presidio y al cadalso, se sintieron súbitamente iluminados despues de la victoria de Alcolea, adoraron todo lo que habian quemado, quemaron todo lo que habian adorado y se llamaron demócratas, cuando no eran otra cosa más que los falsificadores de la democracia, los judas de la libertad. (*Aplausos.*)

«Y en prueba de ello, ¿qué tenemos despues de la revolucion?

«Si leemos toda la Constitucion del 69, si nos fijamos en el título primero, se nos dirá que es una Constitucion democrática. ¿Conque estamos en una democracia? ¿Conque vivimos en una democracia? Fuera de los derechos individuales que solo se respetan en algun pueblo privilegiado, fuera de esos derechos, cuyo ejercicio solo se consiente en favor de algunos individuos tambien privilegiados, ¿en qué se conoce? ¿dónde está esa democracia?

«¡Democracia! ¡y por encima de la sociedad se levantan todavía los poderes irresponsables! ¡Democracia! y se escarnecen las leyes, y se rasga la Constitucion, y se falsifica el sufragio, y los sazones del poder detienen en las calles públicas á los ciudadanos que pretenden hacer uso racional y pacífico de su derecho; democracia, y aun siguen siendo amovibles los tribunales para convertirlos en agentes electorales, y los gobernadores civiles en vez de ser elegidos por el voto del ciudadano, son nombrados en Madrid para oprimir y vejar á las provincias: democracia, y donde quiera hay un municipio contrario al gobierno es perseguido, es depuesto y encausado, porque ya, ciudadanos, volvemos al tiempo de los Césares, en que todas las vías se hallaban llenas de

lápidas, en que los ciudadanos daban gracias por no dejarles ejercer los cargos públicos; porque aquí, ciudadanos, los ayuntamientos vienen á ser el vestibulo de los presidios; democracia, cuando el reclutamiento de las quintas que ha de tener lugar el domingo próximo está desgarrando el corazon de las madres. (*Sensacion, bravos, aplausos.*)

«Y todo esto sin contar con que se han restablecido los consumos, que no son otra cosa que el impuesto gradual sobre la miseria, y que arrancan al pobre de la boca el pan que necesita para su sustento. (*Aplausos.*) Y todo esto sin contar con que en América, aquella tierra que descubrimos para templo de la libertad, hay todavía séres racionales, hermanos nuestros que arrastran la cadena del esclavo; todavía el negrero sacude su látigo sobre las espaldas del hombre redimido por la religion y declarado libre por el derecho. (*Aplausos.*) Yo, ciudadanos, no llamo á esto la democracia de los tres principios regeneradores, libertad, igualdad y fraternidad; yo la llamo la democracia de las tres blasfemias que reclama un castigo del cielo y la reprobacion de la conciencia humana. (*Frenéticos aplausos.*)

«¿Y sabeis por qué sucede todo esto? Porque los mansos y beatíficos progresistas y mis antiguos y olvidadizos amigos los demócratas, se olvidaron de que importaba muy poco el sufragio universal y los derechos individuales, si no se les revestia de la forma de gobierno que á ellos es armónica, de la forma republicana.

«Decian ellos; es que todo lo haceis consistir en una cuestion de palabras. Lo accidental es la cuestion de forma. Yo digo, ciudadanos, que en

este mundo, despues de todo, la cuestion esencial consiste en las formas, porque no puede separarse la forma y la esencia, como no se separan la vida animada y el organismo. Y si la cuestion de forma es secundaria, entregad un pedazo de mármol de Paros á un boticario y os hará un gran mortero para triturar sus drogas; entregad ese mismo pedazo de mármol á un estatuario y os hará la Venus de Milo, á cuyos castos pechos se alimentaron durante tantos siglos, tantas generaciones de artistas. ¿Y direis que ambas obras son lo mismo?

«No; no es cuestion accidental sino de esencia la cuestion de la forma republicana. Por eso los conservadores de la revolucion, que son el peor género de conservadores que conozco, porque son perturbadores por excelencia dijeron; todo, sufragio universal, derechos individuales, todo lo concedemos con tal de que se nos conceda á nosotros la monarquía; y en efecto: la monarquía vino y con ella vinieron fatal, necesariamente la restriccion de los derechos individuales y la falsificacion de la democracia.

«Asi los conservadores guiados por un instinto de conservacion dijeron; venga la monarquía aunque sea democrática; venga un rey sea quien fuere y llámese como se llame. Y fueron á Portugal, y se postraron ante los duques de Génova; y recorrieron Alemania produciendo un horroroso cataclismo, y si no lo hubieran encontrado en otra parte van á Marruecos, traen á Muley-el-Abbas, lo colocan en el sόlio y exclaman: ¿qué prueba mayor quereis de la buena fé con que aceptamos los principios democráticos, qué prueba mayor podemos daros de nuestra tolerancia religiosa, si

teneis un moro sentado en el trono de san Fernando? Un rey á toda costa y á toda prisa; esa era la fórmula de los conservadores. La verdad es que la forma de gobierno era esencial, y teneis la prueba en que mientras los otros artículos de la Constitucion tenian en completa indiferencia á las naciones de Europa, la creacion de la monarquía ha originado la guerra mas terrible de los tiempos modernos, que ha sembrado de ruinas la Francia, que ha corrompido la atmósfera y que ha fundado un imperio cesáreo en medio de la federal Alemania.

«Y si todo esto sucede, si un millon de madres lloran la pérdida de un millon de hijos sobre cuyos cadáveres aletean los cuervos en los desiertos campos de la desdichada Francia, todo se debe á la maldita cuestion monárquica en España.

«El año 8 salva á Fernando VII, y este le responde con la persecucion y el cadalso; el año 20 detiene la revolucion ante las puertas de palacio y palacio le responde trayendo poco despues la intervencion extranjera; el año 30 salva á la Regencia y la Regencia le proscrib; el año 43 declara la mayor edad de la reina y la reina le expulsa; el año 54 detiene á la revolucion otra vez delante del real palacio y el 56 el real palacio vuelve á pisotear la libertad y á proscribir liberales.

«Despues, cuando ya el rey no era necesario, los liberales dicen: no hay rey, somos libres, somos dueños de nosotros mismos, pero queremos rey, queremos cadenas, queremos bozal y albarda, y traen un rey, y el rey los espolea como á un caballo, y cuando lo cree domado, expulsa por quin-

ta vez al partido progresista, que cae bajo el peso de sus instintos de suicidio.

«Esto, ciudadanos, no se puede curar, no se debe curar sino con un gran arrepentimiento de parte suya y un gran olvido, una gran absolución de nuestra parte. (*Sensacion.*)

«Porque despues de todo, debo decirlo y os ruego os fijeis bien en esto; yo amo sobre todas las cosas la república; á ella he consagrado toda mi vida, todo cuanto soy, todo cuanto puedo; pero debo recordaros que no quiero una república de perseguidores y perseguidos, de opresores y oprimidos, de castigos, incendios y matanzas; sino una república que sea como el espacio donde todos caben; como un templo donde haya lugar para todos los hombres redimidos. (*Aplausos.*)

«La república, quiéranlo ó no lo quieran, es la forma de gobierno de nuestras ideas, la forma de gobierno de nuestros sentimientos; el organismo, por consiguiente, natural de nuestra civilización.

«Antes, los oradores más elocuentes, Bossuet, Massillon, se ponían de rodillas para elevar hasta el cielo el nombre de los reyes: ahora Mirabeau, Vergniaud, Víctor Hugo, y tantos otros hacen de sus lenguas badajos para llamar á la revolución que ha lanzado y ha de lanzar de su trono á todos los reyes. (*Vivas y aplausos.*)

«La monarquía, ciudadanos, muere, y en cambio renace la república, á la cual debe todas sus ventajas la civilización moderna. Una república, Grecia, inventa las artes; otra república, Roma, crea el derecho; Venecia descubre la brújula; Pi-

sa la grua; Génova la letra de cambio y educa al inmortal Colon; en Strasburgo ó en Maguncia, diferencia que importa poco, pues ambas ciudades eran libres, nace la imprenta; las ciudades fenicias forman el alfabeto; Cártago abre al comercio las anchurosas vías del Mediterráneo; en Florencia se verifica la resurrección del espíritu con el renacimiento de las artes; Holanda echa los cimientos de la libertad religiosa y comercial; los Estados-Unidos proclaman los derechos individuales, y por último, la primer república francesa derrite todas las cadenas y redime todas las conciencias; de modo que cuando decimos, ¡viva la república! decimos ¡viva la libertad! ¡viva el progreso! ¡viva la civilización moderna!

(*Vivas entusiastas y aplausos prolongados.*)

«Ciudadanos; nosotros queremos la república, pero además, y debemos advertirlo para que nadie se equivoque; la república que queremos es la república federal, que es como si dijéramos, miel sobre ojuelas. (*Risas.*)

«Pues bien; queremos que sea federal, porque ésta, ante todo, y me retoza en los lábios este dicho, lo primero que ha de hacer es librarnos de la plaga de los gobernadores de provincias. (*Ruidosos aplausos y muestras de general asentimiento.*)

«Ha habido en el mundo una gran república unitaria que ahora no se muere, (*risas*) Francia; y otra gran república federal, los Estados-Unidos. Dios ha puesto estas dos columnas de fuego en el camino de la humanidad para enseñanza perdurable de los pueblos.

«Yo ciudadanos, no conozco movimiento más grande que el movimiento de la revolución fran-

cesa; pero tampoco he conocido ninguno mas humilde que el de la revolucion americana; aquella fué preparada por los filósofos más ilustres de los siglos xvii y xviii, esta por humildes predicadores, desterrados por un rey reaccionario, que despues de haber aprendido en Suiza á sentir la libertad fueron sin otro ausiliar que un libro, la Biblia, á implantar aquella en las comarcas vírgenes del nuevo mundo.

«La república francesa contó con todos los grandes oradores; la de América fué creada por hombres modestos de casi vulgar inteligencia; aquella tuvo héroes como Dumouriez y el mismo Napoleon, mientras que esta recuerda solo en sus brillantes páginas á un gran ciudadano, Washington, cuyo nombre no retumba en los campos de batalla, pero lo veneran con cariñoso respeto todas las ciudades.

«Y, sin embargo, aquella pasó fugaz como una tremenda orgía, como una embriaguez del espíritu humano, y esta permanece allí firme é inquebrantable. Dios, que premia las grandes causas, hace que el rayo vaya á besar sus plantas, que la prosperidad premie sus esfuerzos y que la libertad brille siempre en su frente como para demostrar que los pueblos que el sér Supremo elige y sostiene, son aquellos que se fundan sobre las bases inmutables de la justicia y del derecho. (*Ruidosos aplausos.*)

«Uno de los mayores males que pueden caer sobre los pueblos es el gobierno de partido; y tenemos, ó mejor dicho, tienen los monárquicos una desgracia, que para nosotros es una fortuna; y aquí debo advertir que yo no trato de ofender á nadie, sino de exponer los fenómenos que pasan

á nuestra vista para que estudiéis y aprendáis. Esa desgracia de ellos, esa fortuna nuestra, consiste en que los reyes han pasado de jefes de nacion á ser jefes de partido.

«Por ejemplo, y hablaré con el respeto que guardo á las ideas ajenas; ¿qué es don Carlos sino el jefe del partido tradicional histórico? Mientras los tradicionales se enternecen leyendo la reseña del nacimiento de un príncipe sin principado, otros monárquicos se rien de tales leyendas y de semejante título. D. Alfonso, que sigue al anterior en el orden cronológico de los pretendientes, es el jefe del partido moderado; pero los tradicionalistas no le quieren por demasiado liberal, mientras que los progresistas lo rechazan por reaccionario, aunque no tienen muy léjos algunos modelos que pueda asimilarse. (*Muestras de asentimiento.*) Todos son jefes de partido, y no quiero decir de qué partido, no partido, de qué fraccion es jefe uno á quien me he propuesto no nombrar. (*Ruidosos aplausos.*) Ejemplo: manda Don Alfonso, y con él solo pueden gobernar los moderados; impera otro, y tampoco puede gobernar con él mas que un partido; los otros que se ven alejados por la ingratitud, si le encuentran en la calle, no le saludan, y si son convidados á comer no acuden al banquete, aunque poco antes eran amigos del monarca. (*Risas.*) Y no quiero decir nada de un rey que hay en la Luna, (*risas estrepitosas*) y por cuya corte no parece ni un aristócrata rancio, ni un obispo, ni es favorecido mas que por algunos individuos de las clases medias que ya le van abandonando.

«¿Y qué sucede con esto?

«Sucede que gran número de inteligencias y

voluntades se pierden para la causa nacional y para la patria.

«En cambio, ¿qué es la república? Un organismo en el cual todas las instituciones tienen un origen electivo. Y yo pregunto: ¿cual de los carlistas, de los moderados, de los progresistas ó de los radicales se cree rebajado ni deprimido admitiendo un cargo de eleccion popular? ¿No van todos á los municipios? ¿No van todos á las diputaciones y á las Cortes? Y si mañana se estableciese el jurado, ¿no irian á él obedeciendo al mismo principio, al mismo procedimiento y al mismo criterio? Pues haced con los altos poderes otro tanto, y todos tendrán abiertas sus puertas, y todos los partidos turnarán en ellos; porque, no serán entonces un don de los reyes, sino que habrán de ejercerse por designacion de los pueblos.

«Diráseme que semejante sistema despertará un semillero de ambiciones; pero esto tiene un remedio infalible: que el poder central tenga poco que hacer, poco que cobrar, poco que pagar, pocos soldados que mandar, poco presupuesto, poco turrón que distribuir. (*Risas y aplausos.*) ¿Quién quiere ser presidente de la república en Suiza? Nadie; porque allí, para todo género de representaciones y gastos, aquel magistrado no tiene mas recurso que la exigua retribucion de cuatro mil reales mensuales.

«Antes, el más noble, el más digno era el que trabajaba menos ó enseñaba en su escudo algunas cabezas de moros ó cristianos para demostrar la pujanza de su brazo. Hoy no son los más dignos ni los más nobles los que más vagan ó los que más matan, sino los que más trabajan.

«Ya no importa descender de reyes; ya hemos cambiado de cuartel; lo que hoy enaltece es el descender de los esclavos, de los ilotas, de los oprimidos, porque los oprimidos, los ilotas y los esclavos son los únicos ascendientes del único rey que va á quedar sobre la tierra; del pueblo soberano. (*Aplausos.*)

«Ved, pues, con cuanta razon debe decirse que el trabajador es el gran sacerdote del Eterno, el continuador de la naturaleza, el verdadero rey de la creacion; porque santificado con él nuestro planeta se levanta radiante en el infinito espacio como una hostia consagrada; porque el trabajo, por último, enaltece y sublima el espíritu que es lo que hay más grande, mas augusto en la naturaleza humana. (*Repetidas y prolongadas salvas de aplausos.*)

«Aquí, el hijo del pueblo, cuando va á llegar á la plenitud de su madurez se ve compelido á dejar á sus padres, separado de la mujer que escogiera y obligado quizá contra su conciencia á sostener con las bayonetas una dominacion extranjera. Esto es horrible, ciudadanos, y para ponerle término es para lo que queremos organizar el ejército de la patria.

«Examinad vuestra vida, vuestros afectos: todo lo que en ellos haya de rudo es vuestro; pero si hay un sentimiento dulce en vuestro pecho; si vuestro corazon se agita con los inefables arrobamientos del amor; si llorais, si sois humanos y caritativos; si sentís misericordia, todo eso lo debeis á la que ha puesto en vuestras ma-

nos la lira del sentimiento, á vuestras madres, á la mujer, en fin, porque si es cierto, como dijo el poeta, que el hombre es un mundo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo.

«Así es, que desde el principio de los tiempos, el ideal científico, el ideal artístico, el ideal humano tuvieron su encarnacion en una mujer.

«En la cuna del mundo brilla Eva; en la línea misteriosa que separa el Oriente de Grecia, Elena; á la aparicion de la república romana, Lucrecia; á la democratizacion de esa república, Virginia; al pié de la cruz, Magdalena; en el sepulcro de los antiguos, Hipatia; en el renacimiento de la naturaleza bajo las sombras de la Edad Media, Eloisa; en las maravillosas trasfiguraciones del siglo décimo-tercio, Beatrice, esparciendo las luminosas estrellas recogidas en el cielo sobre el alma del poeta; en el siglo décimo cuarto, Laura, trayendo la miel de la inspiracion en sus labios; entre los arreboles del renacimiento, Victoria Colonna; entre las tempestades de la revolucion, la severa esposa de Rolland: coro de ángeles que iluminan todas nuestras tempestades y endulzan todos nuestros dolores con el aroma de sus consoladoras esperanzas. (*Ruidosos aplausos.*)

«Es indispensable que la mujer eduque sus hijos para que sean ciudadanos libres y no esclavos; les dé el sentimiento de la dignidad juntamente con la conciencia del derecho; y cuando esto haga, la mujer, como la Virgen de Murillo, será la que ponga su planta sobre la serpiente de la tiranía. (*Aplausos.*)

«He apoyado la coalicion porque se funda en un sentimiento nacional. Así como lo primero que somos es hombre, y lo primero que sentimos son sentimientos humanos, nosotros nos hemos reunido en la ley para destruir camarillas extranjeras que han creido hacer lo mismo que hacian las camarillas de Carlos V, contra las cuales protestaron las comunidades de Castilla en Villalar, aquel dia que fué lluvioso, sin duda, en señal de luto por la muerte de las libertades patrias.

«Nosotros fuimos los últimos en caer bajo los Césares romanos y los primeros en destruir los Césares modernos; nuestros padres hicieron de nuestras montañas otras tantas Termópilas y abrigaron en sus corazones las singulares virtudes de Leónidas; nuestras ciudades como Gerona y Zaragoza prefirieron morir suicidas, morir de la muerte de Caton y de Bruto á doblegarse bajo el yugo extranjero, y ante tan altos ejemplos todos los extranjeros dicen en sus dias de prueba á los oprimidos: «id á España para ver como se pelea por el hogar y cómo se muere por la patria.» (*Aplausos. Vivas á Castelar y vivas á España.*)

XLVIII.

Cada situacion política se distingue en nuestros dias por dar vida á un nuevo matiz de partido, á una nueva agrupacion de personas. Desde que la vida constitucional, sobre todo, empieza á